

Memorialistas & Viajeros

“Los viajes de Thomas Gage a la Nueva España”

Bartolomé Leal, desde Guatemala

El fraile dominico inglés Thomas Gage nació alrededor de 1597 como miembro de una familia católica observante, en una Inglaterra que había asumido de forma dura el protestantismo. Sus padres habían transmitido el fervor religioso a sus hijos. Entre los hermanos de Thomas se contaban un militar que luchó en España por la causa católica; otro que abrazó la carrera diplomática y después se hizo cura; y un tercero que era jesuita. Thomas, el menor, fue enviado a España para hacerse también jesuita, pero cayó en un medio donde las diferentes órdenes religiosas andaban en permanente disputa. A pesar de la furia paterna, Thomas decide hacerse monje dominico, al crecer en él un desprecio por los seguidores de Ignacio de Loyola.

Después de algunas aventuras en Filipinas, de donde es expulsado con otros curas, Thomas Gage parte en dirección a América, México más concretamente. Por alguna razón misteriosa huye de México en dirección a Guatemala, donde se queda por largos años viviendo entre las comunidades indígenas, aprendiendo su lengua y recopilando sus leyendas y tradiciones. Según sus biógrafos, su interés mayor radicaba en juntar dinero para poder volverse a Inglaterra, cansado de las colonias españolas y sus intrigas.

Por mientras, escribe. La parte tercera del libro donde relata sus viajes está dedicada a Guatemala. Se trata del más vívido y detallado retrato de la Guatemala del siglo XVII. La obra, publicada originalmente en inglés en 1702 (y traducida al castellano recién en 1838 en forma incompleta) fue muy apreciada en su tiempo y sirvió para alimentar la bronca inglesa contra el colonialismo hispánico. Sirvió de paso para alimentar la acusación de que en el fondo el cura Gage era un espía, con la misión de ayudar a que el imperio británico se apoderara de las posesiones españolas.



Thomas Gage entendió bien los ingredientes que conformaban la base genética de la sociedad guatemalteca: el mundo indígena de ascendencia maya (en sus diversas variantes); la corriente ibérica y árabe (andaluza) que desembarcó con los conquistadores a partir de 1524; y el aporte de los esclavos negros de África que empezaron a llegar en 1595. El dominico no se limita a hacer el elogio o a deleznar tal o cual estrato social, sino que se dedica a contar las formas de vida de españoles, indios, negros, mestizos y mulatos, dando un panorama inigualable de la vida en una colonia en esos tiempos.

El fraile opina, sin pelos en la lengua y por eso a menudo cae mal a sus contemporáneos. Se mete en discusiones teológicas, afirmando (según él, con Tomás de Aquino), que la virgen María concibió en pecado original. Narra: “Los jesuitas daban patadas en el suelo y manazos en la baranda, diciendo a gritos que no podían sufrir una aserción semejante que calificaban de herejía”.

Por esto (o a pesar de esto) cultiva una estrecha amistad con el obispo de Guatemala, de quien dice “me concedió licencias para predicar y administrar el sacramento de la penitencia a hombres y mujeres, menos las religiosas, en toda su diócesis, y para absolver de todos los pecados menos los reservados a su Santidad y al obispo”. Limpia manera de mostrar el carácter político de la famosa confesión de los católicos.

Sus descripciones de la naturaleza, bosques, volcanes, lagos y ríos de Guatemala son precisas y entusiastas. Sus descripciones de la vida religiosa comparten el mismo tono: “Los conventos de los dominicos, de los franciscanos y de los frailes de la Merced son magníficos y contiene cien religiosos cada uno. El más suntuoso de todo es el de los dominicos, donde yo viví, el cual se une con la universidad por medio de una gran calzada que está frente a la iglesia”. Gage lo pone bien sencillo: la educación es otra forma de la dominación.

Se explaya sobre la riqueza de los conventos: sus haciendas, sus pueblos de indios, sus molinos, sus minas de plata, sus animales. Dice. “Además en el recinto del claustro nada falta de todo cuanto puede contribuir a los placeres y recreación de los religiosos”. Nada de eso impide la mayor crueldad con los indígenas. Agrega: “Los otros conventos son también muy ricos, pero después del de los dominicos no había otro que igualase el de las monjas de la Concepción, en el que se contaban por lo menos mil personas entre las religiosas, las criadas y esclavas y la niñas que las monjas educaban...”.

No faltan las historias de amor: “En este convento estaba la doña Juana de Maldonado, hija del juez Juan de Maldonado de Paz, a quien el obispo de la ciudad veía muy seguido. Era muy bella y agradable, y no llegaba a veinte años de edad. El obispo estaba tan enamorado de ella que en mi tiempo hizo todo cuanto pudo por hacerla elegir superiora o abadesa a pesar de todas las antiguas religiosas, lo que causó gran disgresión en el convento...”. Los más indignados eran por supuesto los padres de las otras religiosas pasadas a llevar. Pero el obispo tenía buen gusto: “Juana de Maldonado de Paz no era solamente la admiración del convento sino también de la ciudad, tanto por la belleza de su voz y el perfecto conocimiento que tenía de la música”. Cuenta Gage que el obispo le hizo tantos regalos que se arruinó y al morir no había con qué pagar sus deudas.

No denuncia sino que relata: “La abundancia y las riquezas han hecho a los habitantes tan orgullosos y viciosos como los de México, porque allí la corrupción es más común que en cualquiera otra parte de las Indias. Las mulatas, las negras, las mestizas, las indias y las demás mujeres y jóvenes de baja condición, son muy amadas y buscadas por los ricos. Están vestidas con tanto aseo como las de México y no son menos lúbricas que ellas...”.

Gage finalmente regresa a Inglaterra en 1637, habiendo perdido toda vocación de misionero. Es aborrecido por sus padres. Reniega de la religión católica y hace retractación pública ante los obispos anglicanos en la catedral de San Pablo en 1642. Confirmando tal vez algunas sospechas, recibe de Cronwell la misión de diseñar una operación de ataque y desembarque a las costas de las colonias españolas. Lo mandan de capellán de una expedición, que es derrotada en Santo Domingo. Gage muere en 1656 en Jamaica, la única colonia inglesa del Caribe. Fin de una vida aventurera como pocas.